

Pienso hacerme madrugadora y bañarme todos los días.

—Son buenos propósitos: ¡ojalá los cumplas, perezosa!

Oí luego el rumor de un beso, y pasos que se alejaron.

¡Cuántas y cuántas veces volví á ver á mi amada en aquel sitio, sin que nadie se enterase de nuestros dulces coloquios! ¡Oh recuerdos de juventud, de luz y de belleza! ¡Cómo deslumbráis mis ojos cuando cruzáis por mi memoria como constelaciones de estrellas á través de un cielo obscurecido!

V.

JUEGOS DE ESTRADO.

Héme en la casa de D<sup>a</sup> Jacinta González, viuda de *posibles*, y sin hijos, que reúne á su derredor una lucida colección de sobrinos de ambos sexos: tan cierto es así que el dinero no lo hace todo, y que se necesita la familia para disfrutar una dicha verdadera. Algunas solteronas envejecidas ó ca-

sadas estériles llenan este hueco con un falderillo ó con una trahilla de falderillos, á los que cuidan con esmero dándoles leche y chocolate, haciéndolos dormir en cama y tapados con sábanas finas, poniéndoles camisa, peinándolos, adornándolos con listones y cascabeles y llamándolos *lindos*, *preciosos*, *reyes* y otras cosas por el jaez, igualmente apasionadas. D<sup>a</sup> Jacinta, en lugar de recoger perros, llamó en torno de sí á sus sobrinos, en lo que manifestó buen sentido; pues aparte de la superioridad del género, los sobrinos la divertían mucho más de lo que hubieran podido hacerlo los falderillos, ya hubiesen sido de la raza liliputiense de Chihuahua, ya de la fea y ladradora de Guadalajara.

En efecto, los mencionados sobrinos,—entendiéndose que en este plural van envueltas las sobrinas—jóvenes todos entre quince y veinte años, traían la casa en peso, como suele decirse, solicitados á la continua por numerosos amigos, tocando el piano, cantando, improvisando tertulias y riendo y saltando como unos locuelos. Nunca he sabido á punto fijo á qué número ascendían estos alegres parientes colaterales; tal

vez mi poca atención me hacía ver distinta la cara de las mismas personas en dos días de visita á D<sup>a</sup> Jacinta. Lo cierto es que me figuraba eran tan numerosos como la familia de Israel, y que todos los días brotaba de la tierra un nuevo sobrino.

Cuando la amable viuda llegó á San Pedro á la cabeza de su parentela, se sintió de uno al otro extremo del poblado, una sacudida instantánea, á man era de terremoto, y siguió luego el vértigo de los pasatiempos. Si se escuchaba el tropel de muchedumbre de asnos, y voces y alegres risas que pasaban por la calle, podía asegurarse que era D<sup>a</sup> Jacinta con su cauda de jóvenes, que salía á expedicionar á la Capacha ó á las Piedrotas. Si en las noches de luna se miraba en la primera glorieta del camino de Guadalajara, un grupo alegre de personas que cantaban y bailaban al aire libre, no había que preguntar quiénes le formaban, pues eran con seguro los susodichos tía y sobrinos. Cuando se oían sonar en la villa cuerdas de guitarra, ya se sabía que había tertulia en la casa de D<sup>a</sup> Jacinta.

Y cuando no había nada de esto, se pasaba el rato en juegos de estrado. Numerosas

familias acudían á aquellas reuniones de confianza, principalmente las noches de luna; y por ser la sala de escasa capacidad, y á fin de gozar la frescura del viento, celebrábanse las sesiones en la calle, á donde se trasladaban todas las sillas, sillones, equipales y *locos* (1) que había en aquella casa y en las inmediatas. Cuando el concurso era demasiado abundante, solían sentarse en el suelo algunas damas, y permanecer en pie no pocos caballeros. Los juegos más acostumbrados eran los de *prendas*, de la *harina* y el *cántaro*. Formada en círculo la alegre concurrencia, todos sin excepción tomaban parte en ellos: papás, mamás, mozos, mozas y niños; de suerte que resultaba tal guirigay de voces y risas en las diversas escenas que se representaban, que era cosa de alabar á Dios el ver en el mundo tanta simplicidad y tanta alegría.

Por de contado que era yo amigo de uno de los sobrinos de D<sup>a</sup> Jacinta, y que éste me invitaba á sus fiestas. Pero no concurría

---

(1) Tranquilícense los lectores, no se trata de los locos del hospital, sino de unos asientos bajos y sin respaldo, que tienen entre nosotros ese nombre alarmante.

nunea á ellas, porque no iba Lola, pues teníamos hecho juramento ella y yo de no ir á ningún paseo ni reunión donde no asistiéramos ambos. La tarde del día á que me refero, no obstante, fué á verme el mencionado sobrino, y me dijo:

—Supongo que ahora sí irás á casa.

—¿Por qué?—le pregunte.

—Porque va Lola.

—Díome un vuelco el corazón.

—¿Cómo lo sabes?—repuse con incredulidad.

—Porque me lo ha dicho la mamá; vengo de su casa. Las he invitado, y D<sup>a</sup> Agustina se ha comprometido formalmente á honrar esta noche nuestra casa con su presencia. Conque irás, ¿no es cierto?

—Ya se ve que sí, siempre que sea verdad lo que me dices.

—Sí que lo es; hasta luego; no llegues tarde. Voy á invitar á otras familias.

Con esto se alejó mi amigo con destino á todas las casas del pueblo.

Llegado el obscurecer, me llamó Lola con el pañuelo; me acerqué á la ventana, y

—Tengo que ir esta noche á la casa de D<sup>a</sup> Jacinta—me dijo.

—¿De veras?—preguntéla fingiéndome sorprendido.

—Sí, no hay remedio. Me resistí, y se enojó mamá; protesté, me riñó y he pasado llorando toda la tarde.

—Yo también iré, no tengas cuidado.

—¿Formalmente?—repuso con acento de alegría.

—Formalmente. Soy amigo de Pedro, uno de los sobrinos de D<sup>a</sup> Jacinta, y ha venido á convidarme hace un momento. De tu casa pasó á la mía.

—¿Qué gusto! En tal caso, me alegro del suceso.

—A ver cómo podemos estar juntos.

—Sin que lo note mamá.

—Se entiende.

—Oigo ruido en el cuarto, creo que ella se acerca.

—Hasta la vista.

Por consiguiente, al sonar las ocho de la noche en las cascadas campanas de la torre, llegué, uno de los primeros, á la casa de D<sup>a</sup> Jacinta.

—¿Cómo! exclamó la dueña de la casa, ¿tanto bueno por aquí? ¿qué milagro!

—Señora, no es milagro —la dije—es que

había tenido algunos inconvenientes las otras noches; ahora que estoy libre, me apresuro á recibir el favor.

—¡Porque va á venir la novia! Si no fuera por eso, no hubiera Ud. venido — saltó Pepa, una de las sobrinas, con aire malicioso.

--No sabía nada—repuse.

—¡Qué casualidad! Es Ud. adivino.

Era Pepa una morenita graciosa. Se rió con gana y me quedé alelado mirándole la blanca dentadura.

Comenzaron á llegar los invitados, y los sobrinos y yo nos dimos al trabajo de desamueblar la sala y las recámaras en pos de asientos. Serían las ocho y media cuando comenzó la fiesta, y Lola no llegaba, lo que me tenía cuidadoso.

--¿Qué vamos á jugar? dijo D<sup>a</sup> Jacinta.

—¡La harina! ¡la harina!—gritaron algunos chicuelos.

--No, ¡el cántaro!—gritaron otros.

—Eso será después—objetó la mayor de las sobrinas,—cuando haya más personas; por ahora vamos jugando al navío.

--No, no,—protestaron los muchachos—es muy fastidioso.

—Ustedes no juegan; ya les llegará la vez --falló sin apelación la dueña de la casa.

Cada cual escogió la letra que le plugo. Se tomó un pañuelo con una llave atada á un nudo y hecho una pelota, y dió principio el pasatiempo. Andaba el pañuelo chazado y rechazado de un lado para otro del círculo. Se le enviaba discrecionalmente á quien placía, diciendo el que le arrojaba: *allá va un navío cargado de . . . . .* El que le recibía, tenía que decir en el acto alguna palabra que comenzase con la letra que había adoptado, y si no acertaba á proferirla, perdía la partida, daba prenda y quedaba sujeto á sentencia.

Escogí la p, y como es letra socorrida á principio de vocablo, fácilmente hallaba qué decir cuando me era lanzado el pañuelo. Así resulté cargando el navío de todas estas cosas disímbolas: *pan, piedras, pistolas, pantalones, pelucas, pulgas, etc.*, causando al pronunciar no pocas de estas palabras, cándida hilaridad en el concurso. Fueron perdiendo la partida uno por uno todos los concurrentes, y nos quedamos luchando al fin, Pepa, la sobrina pizpireta, y yo. Era ladina como pocas, y le fluían

maravillosamente de la risueña boca las palabras que comenzaban con *b*, que era su letra. Verdad es que para ella no había límites ortográficos, y que desde el principio protestó *in petto*, no haber Pirineos entre la *b* y la *v*. Así fué como cargó la nave indistintamente de *balas, vidas, bocas, viudas, balcones, vestidos*, etc., con admirable desembarazo; en tanto que yo no tenía más que un solo campo donde cosechar, pues la *p* no se puede confundir con ninguna otra letra, ni aun entre los más rebeldes á las reglas de la gramática. Iba y venía el pañuelo de la Pepilla á mí con febril rapidez; parecía nuestra lucha un duelo á muerte. Hallábase interesado en ella nuestro amor propio, y ninguno de los dos quería ser derrotado. La concurrencia callaba interesada en el combate, y nosotros soltábamos una granizada de desatinos por rendir homenaje á las letras de nuestra elección.

De pronto ví aparecer á Lola, y á la Sra. D<sup>a</sup> Agustina, y quedé suspenso y boquiabierto.

— ¡ *Un navío cargado de!* . . . — oí vagamente que decía Pepa. Recibí el pañuelo y no contesté nada.

— ¡ *Un navío cargado de!* . . . — volvió á gritar mi adversaria.

— ¡ Arboles! — respondí maquinalmente.

— ¡ *De bobos!* — murmuró Pepa notando mi distracción y la presencia de Lola.

— ¡ Perdió! ¡ ya perdió! — chillaron los muchachos— ¡ que entregue la prenda!

Dí mi cortaplumas á D<sup>a</sup> Jacinta, y esperé la sentencia.

D<sup>a</sup> Agustina me saludó con muy mal gesto; Lola me sonrió de un modo delicioso. Varias voces varoniles dijeron á mi espalda:

— ¡ Qué bonita!

— Es novia de ese muchacho que acaba de perder el juego.

Iguals cuchicheos había en el corro, y los ojos pasaban de Lola á mí casi mecánicamente. Me sentía triunfar en aquellos momentos.

Sentada á poca distancia, no apartaba Lola de mí los ojos, ni yo cesaba de mirarla, como si tratásemos de hipnotizarnos; y enajenado de alegría, sólo en ella pensaba y me ocupaba de ella tan sólo.

Vinieron las sentencias.

— Como sentido y agraviado ¡ qué man-

da vd, al dueño de esta prenda que acaba de salir? — preguntaba D<sup>ca</sup> Jacinta tomando uno por uno los pequeños objetos que había recibido de los perdidosos, y que había colocado en el fondo de un sombrero.

--¡ Que cante! — solía decirse.

--¡ Que baile!

--¡ Que diga un verso!

Y aquí tienen ustedes cantando á viejos destemplados y tosigosos, bailando á señoras gordas como elefantes y diciendo versos cojos y absurdos á rudos rancheros ó dependientes de tienda. La escena se prestaba á una multitud de disparates y chocarrerías que hubieran hecho desternillar de risa al cabo Catoche, ó al mismo Heráclito, que es el llorón más grande que se ha conocido en el mundo.

A Pepa le tocó por sentencia que se *cayera en el pozo*.

--¡ Quién quieres que te saque? — le preguntaron.

--Quiero que me saque Antonio — contestó.

Y no hubo remedio, fui á sacarla, arrojando las miradas de reconvención que me lanzaba Lola; pues, como es sabido, sola-

mente con abrazos se puede sacar á los que se caen en los pozos.

La pícara Pepilla se propuso hacer rabiarse á Lola toda la noche, con multitud de travessuras, trampas y regocijos. Me hablaba por mi nombre, me llamaba á su lado con frecuencia, acercaba la boca á mi oído para que nos pusiéramos de acuerdo en algún detalle del juego, se reía de buena gana por cuanto le decía, y parecía consagrada nada más que á ponerme en tortura, pues no se me ocultaba que aquella táctica tenía por objeto molestar á mi amada. No pudo al fin dominarse Lola, y una de tantas veces como pasé cerca de ella, me hizo seña de que me detuviese. Estaba entre sus amigas, y su mamá se hallaba distante.

--¡ Cuán contento está vd! — me dijo con ironía -- Tiene vd. muy buen humor esta noche.

--Ya se ve que sí — la dije — ¿no ve vd. cuan escogida es la concurrencia? Y la miré con intención, á fin de hacerla comprender que por ella lo decía.

--No hay necesidad de que nadie acuda de fuera para que la reunión sea escogida

—replicó—, son muy simpáticas las sobrinas de D.<sup>ra</sup> Jacinta

Comprendí la alusión.

—Es la primera vez que vengo—continuó—, y es probable sea la última.

—¿Por qué? ¡Vaya una originalidad!

—Porque es difícil se reúnan otro día las circunstancias que ahora me han traído.

Con estas razones se tranquilizó algo Lola, y me alejé para no llamar la atención.

—¡Es tiempo de jugar á la harina!—gritaron los chiquillos.

—Vamos, pues,—otorgó la casera—; traigan ustedes todo lo necesario.

Los listos chicuelos llevaron en un momento una mesa, una fuente llena de harina, un cuchillo, una bala de plomo y una linterna de hoja de lata con una vela encendida destinada á iluminar el sainete. D.<sup>ra</sup> Jacinta formó con sus mismas manos una pirámide con la blanca harina, colocando la bala en la cúspide, y comenzó la función in continenti. El primero que empuñó el cuchillo para rebanar aquella torre farinácea, hízolo con tanto garbo, que casi destruyó la mitad de su mole. Los

que le siguieron continuaron la destrucción por la parte donde la base estaba intacta, á fin de no exponerse á un fracaso; y así, de ataque en ataque, se fué transformando de mil maneras el cándido montón apretado por la casera. Pasó de pirámide truncada por un costado, á espesa muralla triangular, después se convirtió en gruesa torre, luego en delgado obelisco, y finalmente, por lo desnivelado de su cuerpo, tornó á parecer torre..... de Pisa. Al llegar á este punto, no había ya mano animosa que se atreviese á rebajar buena cantidad de sustancia. Con la finura con que el cirujano maneja el escalpelo, quitábanle algún sutil polvillo á la parte más gruesa, y así la ansiedad pasaba con el cuchillo, de persona en persona.

Ví claramente á D.<sup>ra</sup> Jacinta mover con el dedo meñique y de un modo imperceptible el platón, cuando el relamido cuarentón D. Manuel Quiñones, raspó la superficie de la harina. Vaciló la torre inclinada, y cayó la bala en el fondo de la fuente. Malas lenguas decían que la casera hacía ojos tiernos á aquel tenorio incorregible. Si así era, no cabe duda que la travesura fué una

gracia de mujer que se insinúa, una coquetaría verdaderamente exquisita. Tenía D. Manuel una hermosa barba entrecana y una nariz de competente volumen. Comprendía que se iba á poner muy feo con la harina.

—¡ A sacar la bala con la boca! —chillaban los muchachos.

—Vamos D. Manuel, haga vd. el ánimo --le decía D.<sup>ra</sup> Jacinta con voz zalamera.

—No, eso no, —objetaba D. Manuel—haré cualquiera otra cosa.

—¡ No! ¡ no! —gritaron furiosos los niños, reforzados por voces adultas—¡ á sacar la bala!

No hubo remedio. Tuvo D. Manuel que resolverse: cerró los ojos, y metió en la harina el rostro olímpico. Buscó algún rato con los labios, y luego, como el buzo que saca una perla del fondo de los mares, levantó la faz mostrando la bala entre los dientes. Estallaron por todas partes atronadoras risas. Los niños ocupaban las altas regiones del pentagrama, las mujeres las regiones medias, y los hombres las inferiores. ¡ Qué zambra, por Dios! ¡ qué gresca!

La verdad es que Quiñones estaba sober-

bio. Tenía una mancha blanca en la frente, semejante á una rueda de liquen; su nariz forrada de harina, parecía tan enorme, que alguien la comparó con una pieza de pan blanco. Sus barbas llenas de polvo, daban á la boca el aspecto de un agujero tenebroso; y las cejas y pestañas enteramente albas, hacían aparecer encendidos los ojos, como si hubiesen llorado. Era un *clown* mucho más ridículo que los de las compañías de circo. Y lo que ponía más sal y pimienta en el negocio, era ser quien era aquel polichinela, nada menos que un estirado y empedernido galán, que cuidaba esmeradamente su persona desde hacía cerca de treinta años, y se vaciaba en la cabeza pomos de aceite, mucha pomada húngara en los bigotes y frascos de esencia en el pañuelo. Aquella noche tuvo D. Manuel su función de beneficio. Hasta D.<sup>ra</sup> Jacinta se rió de él de muy buena gana.

—¡ A ver D. Manuel! —le decía—¡ oh! ¡ oh! ¡ qué gracioso! Y parecía que la hilaridad la iba á hacer perder el equilibrio derribándola del asiento.

No permitieron á aquel pobre hombre quitarse la harina por largo rato para reír-



se de él ampliamente. Por fortuna siguió la batahola, hasta que damas, caballeros y chiquillos se hubieron puesto una máscara de la misma especie en el semblante. El rasero del ridículo igualó al fin á todos, y D. Manuel quedó en parte vengado; aunque á decir verdad, él fué quien se llevó la palma del triunfo.

Después que nos hubimos reído mucho, y que, por el exceso mismo del júbilo se hubo gastado este resorte de hilaridad, pasamos á otra cosa.

Resolvióse que quebrásemos un cántaro teniendo lo ojos vendados.

Había, al efecto, una cuerda tendida de las rejas de una ventana á la rama de un árbol inmediato, la cual cuerda había prestado buenos servicios de la misma especie otras ocasiones. De ahí se suspendió el cántaro, y acto continuo dió principio la diversión.

Los muchachos brincaban delante de D<sup>a</sup> Jacinta, suplicándole que los vendara.

--¡A mí! ¡á mí!--gritaban.

—Niños, después, —gritó la señora— primero las personas mayores.

Un señor licenciado tuvo la honra de

abrir la marcha. Púsole D<sup>a</sup> Agustina una apretada venda en los ojos, hizole dar varias vueltas al derredor de su propio eje, dióle un grueso palo, que empuñó el beneficiado con tanta energía como si fuese la espada de la ley, y colocándole á corta distancia del cántaro gritó:

—¡Ya!

El honrado juriconsulto avanzó dos tímidos pasos en dirección extraviada, levantó con indecisión el garrote, y dió tres débiles golpes al vacío, en medio del alborozo general.

Siguió luego Pepa. Levantó el palo con garbo, y se dirigió resueltamente al ala derecha de la reunión, poniéndola en fuga precipitada.

—¡Por ahí no!--gritaban varias voces.

Paróse la joven, reflexionó, tomó su partido, y dando una vuelta de flanco, se dirigió á paso veloz hacia el ala de la izquierda, introduciendo la dispersión en sus filas.

—¡Por ahí no!--tornaron á gritarle en medio de un coro de risas.

Pero ella creyendo que la engañaban, siguió avanzando con el palo enarbolado,

hasta que descargó un golpe vigoroso en el respaldo de una silla abandonada precipitadamente. Luego se quitó la venda y prorumpió en sonoras carcajadas al ver su equivocación.

—¡Qué tonta!—dijo—¿por qué no caminaría derecho?

Fué vendada en seguida la canija mujer de un señor magistrado que se hallaba presente. Tengo para mí que la buena señora encontró por donde ver á través de algún intersticio del lienzo; y me fundo para ello, no en que haya roto el cántaro, pues no le rompió, sino en que, poco faltó para que le rompiese la crisma á su marido. Tan luego como la dejó de la mano D<sup>ca</sup> Jacinta, se dirigió á paso precipitado al sitio donde se hallaba éste sentado, blandiendo el grueso bastón con que fué armada. Detenida á tiempo y habiendo obligado á su consorte á cambiar de colocación, le siguió por segunda vez al nuevo lugar á donde fué á guarecerse, y es seguro que á no haber tomado las de villadiego el señor magistrado, le hubiera hecho pedazos la mollera en son de juego en aquel punto y hora. ¡Tal vez desavenencias intestinas, celos trasnochados ó sim-

ple abundancia de bilis hayan movido su mano desapoderada!....

Uno de los sobrinos de D<sup>ca</sup> Jacinta tuvo la gloria de romper el cántaro. Verdad es que la tía le dejó al descubierto la mitad de un ojo, y le hizo algunas indicaciones al oído; pero, como quiera que sea, el resultado fué que hizo pedazos la vacija, originando con ello atronadora gritería y no poca admiración en la grey infantil que pululaba por todas partes.

En medio del general desorden, logré apoderarme de una silla que estaba á la espalda de la que ocupaba Lola. Acerqueme á su oído y le dije en voz baja:

--Lola, aquí estoy.

Volvió el rostro sorprendida, y me miró intensamente algunos segundos.

--No te vayas--díjome por lo bajo--quédate aquí.

--¿Y tu mamá?

--No te ve: anda lejos y distraída.

--¿No estás ya enojada conmigo?

--Ya no; pero prométeme que no has de volver á ponerte tan alegre y chancero con esa loca (benévola alusión á Pepa).

--Te lo prometo.

--¿Estás contento aquí?

--¡Cómo no si estoy contigo! ¿y tú?

--Ahora sí; hace poco, nó; tenía deseo de marcharme. Mira—prosiguió—van á jugar nuevamente.

--¿Qué es eso?

--Un juego muy tonto que se llama *las calabazas*; es propio de muchachos. ¿Nunca lo jugaste?

--No recuerdo.

--Una persona hace el papel de lobo, colocada en medio de un círculo de personas cogidas de la mano. Da vuelta la rueda en derredor de ella, cantando una canción monótona. Procura el lobo abrir brecha para salirse del cerco, y luchan por impedirselo los que le forman. Si logra salir, vuelve á su sér natural, y el que le deja escapar le reemplaza en el papel que representaba. Así sigue repitiéndose el juego hasta que le pone término la fatiga.

--¿No vienen á jugar?—nos preguntaron varias voces.

Nos negamos con maña, y continuamos charlando y en observación de los sucesos desde nuestros asientos.

Cogiéronse en efecto, por las manos los de

la partida, dejando en medio á un tío mío, en calidad de lobo, y comenzó á girar la rueda con movimiento acelerado, primeramente en un sentido, y luego en otro. Entretanto cantaban con voz destemplada y entrecortada por la fatiga:

Toma esta canastita

De calabazas

¿Quién te manda ser lobo!

¿Por que no abrazas?

Mi tío andaba dentro como verdadera fiera enjaulada. Hizo varias tentativas para romper el círculo; pero fueron infructuosas, porque se estrechaba la rueda y se apiñaban en su derredor todos cuantos la formaban, tan luego como hacía algún esfuerzo por escapar. Y era aquello un tumulto, una gritería y una algazara tales, que parecía el día del juicio.

Al fin se abrió paso, y como la traviesa Pepilla fué quien se dejó vencer, ingresó al centro del círculo, y principió de nuevo la lucha. Pepilla dirigió todos sus ataques contra mi tío, y á poco rato le obligó á representar de nuevo el interesante papel del felino. Mi tío por su parte, procuró vencer

otra vez á Pepa, y lo logró; y sea por casualidad, por amor propio ó por algún otro motivo, continuaba así el juego en invariable alternativa y constante lucha entre mi tío y Pepa, sucediéndose el uno al otro en la representación del animal enemigo de los corderos.

--¡Estoy rabiando!--oí que decía una voz cerca de mí.

Volteé el rostro sorprendido, y encontré sentada á mi lado á la mujer de mi tío, cuarentona alta y gruesa, que tenía merecidísima fama de celosa.

--¿Por qué, tía?--le pregunté sin entender.

—Porque Pepa es una loca.

—No lo he notado ¿qué ha hecho?

--¿No la ves jugar de manos con tu tío?

—En eso consiste la diversión, según parece.

--Pero ¿por qué no se dirige á alguna señora para romper la rueda? Sólo mi marido le gusta para lobo.

—Ha de ser casualidad; no crea Ud. que lo haga con malicia.

—Tengo bastantes años para no conocer el mundo. ¡Mira, mira--exclamó con exal-

tación—mira como le estruja! ¡Ya verás como me la paga!

Diciendo esto, se levantó mi parienta, y se coló en el numeroso grupo de los que jugaban. En aquel momento pugnaba Pepa por romper la cadena, y empujaba á mi tío vigorosamente con el hombro. Para reforzar la rueda habiáanse juntado todos los jugadores en derredor de Pepa, riendo, gritando, armando una barahunda extraordinaria. Busqué con la vista á mi celosa tía política, la ví levantar la cabeza para distinguir á Pepa, mirar en derredor á ver si alguien la observaba, y convencida de que no había quien reparara en ella, levantar la robusta y cerrada mano y dejarla caer tres veces con fuerza sobre la cabeza de Pepa. Hecho esto, se escabulló entre el grupo sin que nadie la viese.

—¡Ay! ¡ay! —gritó Pepa—¿Quién me pega?

Al oír aquellas exclamaciones, cesó el juego y reinó tanta sorpresa como confusión en el concurso. Acudió luego D<sup>ca</sup> Jacinta jadeante por las carreras que había dado.

—¿Qué sucede? ¿qué tienes?—articuló con las fauces secas.

—Tía, no sé quien me ha pegado; tenía la cabeza inclinada, y no pude ver.

—No puede ser; se te habrá figurado. Todas las personas que hay aquí son educadas. ¿Quién se había de atrever?

—¡Cómo se me había de figurar, si dueñen tanto los golpes! Mira tía, toca aquí— y tomó la mano de D<sup>ca</sup> Jacinta y la llevó á la coronilla de la cabeza.

—¡Jesús! —gritó D<sup>ca</sup> Jacinta— ¡si te han levantado dos hinchazones enormes! ¡Pobrecita! ¡Qué atrevimiento! ¡qué grosería!

La escena resfrió los ánimos. Pasó un rato de de penoso silencio, y como todos nos sentíamos molestos, creyendo que la sospecha recaía sobre el conjunto por la falta de conocimiento del verdadero autor del desacato, pensamos instintivamente ponernos en cobro. En vano, ya serena Doña Jacinta, trató de galvanizar á la reunión. La dispersión se declaró en todas las filas, y me fué preciso marcharme.

—¿Qué dices de mi tía? —pregunté á Lola al despedirme.

—Qué merece una buena gala.

—¿Por qué?

—Por lo que hizo.

—¿Luego la viste?

—Por supuesto. Se la daría, si no fuera porque la descubriría con el premio.

—Pero ¿por qué la merece? —preguntéla riendo.

—¡Porque es muy loca esa Pepa! —exclamó Lola con tono rencoroso y frunciendo las cejas con gesto de niño colérico.

## VI.

### PRIMEROS NUBLADOS.

Antes de ponerme á horcajadas sobre el asno eché una mirada escudriñadora sobre todo el cortejo. Eran como doce carretas y cerca de veinte ginetes. Nos hallábamos dispuestos á emprender la marcha al cercano sitio campestre llamado los *Camichines*, para merendar y bailar á la sombra de los árboles. Mía había sido la idea de organizar aquella fiesta; comunicuéla á mis amigos, y la aceptaron con regocijo; cundió de ahí á nuestras casas y familias, y llegó al fin el día de verla cumplida. Hecha una colecta en nuestros bolsillos semi-infantiles,